

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

El cristiano y los problemas morales

Cuando queremos conocer la verdad sobre un tema, es necesario remontarnos a sus orígenes. Eso es exactamente lo que hace el Señor en Mateo 19:4.

En Génesis 1:27-28 encontramos la primera declaración divina en cuanto a los problemas que nos ocupan: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra”. Dios creó al hombre y a la mujer dotados de órganos genitales en vista de las funciones que debían desempeñar. Hombre y mujer fueron creados para poder reproducirse. A diferencia de las plantas y de los animales, los descendientes de Adán tienen un alma inmortal. Este hecho confiere una gravedad y una responsabilidad muy particulares al tema de la procreación de los seres humanos.

Desde antes de la caída, Dios puso en el hombre el deseo sexual; de manera que, normalmente, cada hombre y cada mujer son atraídos por el sexo opuesto. Este deseo puede ser más fuerte en unos que en otros.

¿Es este deseo un pecado?

En su Palabra Dios menciona este asunto, tanto en relación con la mujer como con el varón. Dios dijo a Eva: “Tu deseo será para tu marido” (Génesis 3:16). (En este pasaje no se

trata tanto de un deseo sexual sino más bien de mirar a su marido desde una posición de sumisión. Dios colocó a Eva en esta situación como consecuencia del pecado, porque comió del fruto prohibido sin consultar antes con Adán).

En el Cantar de los Cantares, la amada dice de su amado: “Conmigo tiene su contentamiento” (7:10). (Este deseo encierra la necesidad de obtener una respuesta al amor que se siente, más que una tendencia a la satisfacción sexual. En respuesta a su amor, el esposo espera ser amado, comprendido y respetado. ¡Cuánto más elevado es el amor del Señor Jesús hacia su amada, el residuo futuro de Israel!). Esta atracción es natural, normal, y jamás es tomada como pecado. Notemos, sin embargo, que en este pasaje del Cantar la sulamita no habla de su propio deseo, sino del de su amado. Sus propios sentimientos son presentados en el capítulo 5, versículo 6, lo que nos sugiere la siguiente pregunta:

¿Cómo comportarse frente a este deseo?

Si el corazón y los pensamientos están ocupados en estas cosas, corremos el peligro de exponernos a las tentaciones carnales. “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Santiago 1:14-15).

En este pasaje vemos que la concupiscencia conduce al pecado. Nuestra naturaleza corrompida, llamada “pecado”, es siempre el origen de la concupiscencia (Romanos 7:8), y a ésta le sigue el cometer pecados. En 1 Juan 2:16 esta concupiscencia es llamada “los deseos de la carne”, es decir, los desenfrenados deseos de la naturaleza adámica caída. Por eso el Señor dice: “Lo que del hombre sale, esto contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las

fornicaciones, los homicidios” y otros pecados (Marcos 7:20-23).

Hay muchas cosas que pueden tener influencia sobre nuestros corazones, pensamientos, sentimientos, y algunas de ellas nutren la concupiscencia (ver Ezequiel 23:14-16). Por ello el apóstol Pablo también pone en guardia a su hijo Timoteo contra las concupiscencias que proceden de dentro: “Huye también de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22). Paralelamente a esta exhortación que se puede calificar de negativa, alienta a Timoteo de una manera positiva: “Consérvate puro” (1 Timoteo 5:22). Estas exhortaciones le fueron dirigidas personalmente y apuntaban a su comportamiento frente al sexo opuesto.

¿Cómo conseguir y mantener esta pureza?

El salmista también se pregunta: “¿Cómo podrá el joven mantener puro su sendero?” La respuesta es: “Cuidando de él conforme a tu Palabra” (Salmo 119:9, V.M.). Dado que todo esfuerzo personal está de antemano condenado al fracaso, nos es necesario pedir constantemente como el salmista: “Da tu poder a tu siervo” (Salmo 86:16). Dicha **vigilancia** conforme a la Palabra de Dios es indispensable tanto para el hombre como para la mujer. La falta de vigilancia se manifiesta en los siguientes casos:

1. Dina, la hija de Jacob, salió “a ver a las hijas del país”, lo que parecía ser una relación inofensiva con el mundo. Pero allí encontró al joven Siquem, lo cual la condujo a la perdición. La falta de vigilancia tuvo amargas consecuencias para ella (Génesis 34:1-2).

2. Sansón también descuidó la vigilancia al descender a Timnat, donde vio a una mujer de las hijas de los filisteos (Jueces 14:1). Desvió su mirada hacia un mundo enemigo de Dios, en lugar de mantenerse cerca del pueblo de Dios.

La vigilancia nos guarda del pecado. Ciertamente hay muchas cosas tentadoras, capaces de seducir al hombre. Pero “el temor de Jehová es aborrecer el mal” (Proverbios 8:13).

“No pongáis vuestro cuidado en satisfacer las concupiscencias de la carne” (Romanos 13:14, V.M.). ¿Con qué alimenta un joven sus pensamientos y sus sentimientos? Muchas mujeres creyentes no se dan cuenta de que con su comportamiento, su manera de vestir, etc., pueden excitar la concupiscencia de los hombres, lo cual los hace correr el peligro de caer. Y este comportamiento también las hace responsables. En el caso de Betsabé, David es tenido como pleno responsable de su acto, pero notemos igualmente que la Palabra menciona el comportamiento imprudente de Betsabé, que excitó la concupiscencia de David (2 Samuel 11:2).

Si la persona del Señor Jesús y su Palabra llenan nuestros corazones, tendremos las fuerzas para rechazar y juzgar todos los sentimientos y pensamientos impuros.

La liberación de una esclavitud

Si se descuida la lectura de la Palabra de Dios y la oración, se crea un estado de debilidad espiritual, un vacío que es llenado por pensamientos impuros debido a las cosas que los ojos ven y los oídos oyen. Entonces basta poca cosa para ser seducido y sucumbir a la tentación de autosatisfacer el deseo sexual (masturbación). Lo que Dios dio al hombre en vista del matrimonio, sirve entonces para su propia satisfacción.

Esta práctica del placer solitario a veces es considerada como algo inocente, o por el contrario, equivalente a la fornicación. Parece ser, sin embargo, que ninguna de estas dos apreciaciones corresponde al pensamiento divino. Fue el

mismo Creador quien puso el deseo sexual en el hombre. Esto no es un pecado, pero sí lo es satisfacerlo de manera abusiva. En este caso el creyente se vuelve esclavo, y lo que podrá liberarlo será únicamente el asirse por la fe del hecho de que es libre en Cristo. La Palabra de Dios es extremadamente cautelosa sobre esta cuestión, así como sobre muchas otras, referente a las cuales declara en Efesios 5:12: “Porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto”. Esta discreción es indispensable para nosotros.

Muchos varones luchan con este problema. Se sienten abatidos y desgraciados. Las jovencitas también pueden sufrir por ello. A menudo no se trata de un hecho aislado, y tras varias recaídas, se pierde toda esperanza de liberación. Todos los esfuerzos personales iniciados en este sentido no conducen a otra cosa que al fracaso. El propósito de mejorar uno mismo su naturaleza corrompida es algo humanamente imposible. Entonces, ¿cómo conseguir la liberación?

– A través del poder del Hijo de Dios. Juan 8:36 nos dice: “Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”.

– La confesión del pecado es el punto de partida. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9; Proverbios 28:13). Sin embargo, el perdón todavía no significa liberación.

– Recordando siempre que debemos despojarnos del viejo hombre (Efesios 4:22; Colosenses 3:9).

Resumen de lo que es un creyente

Todo aquel que se arrepiente y cree de corazón en el Señor Jesús, recibe el perdón de sus pecados y la vida eterna. Es nacido de Dios y hecho partícipe de la naturaleza divina (Hechos 10:43; Juan 10:28; 1 Juan 5:1-2; 2 Pedro 1:4). La obra de la cruz pone al creyente en esta maravillosa posición.

Sin embargo, muy pronto el cristiano descubre que todavía peca, por más que la Palabra de Dios afirme claramente: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Juan 3:9). Por esta razón pueden surgirle dudas en cuanto a la autenticidad de su conversión.

Dios da al creyente una nueva vida, la vida divina, y esta vida procedente de Dios no puede pecar. Pero la vieja naturaleza corrompida, que solamente puede pecar, permanece en él mientras viva aquí en la tierra. El convertido se pregunta, y con razón: «¿Cómo podré liberarme?». He aquí la respuesta: por una parte, despojándose del viejo hombre, teniéndole por muerto; y por otra parte, **viviendo para Dios**, es decir, llevando una vida consagrada a él (Romanos 6:11).

“Con Cristo **estoy** juntamente **crucificado**” (Gálatas 2:20). “Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre **fue crucificado** juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (Romanos 6:6). Cristo sufrió en su cuerpo, clavado en la cruz, el justo juicio de Dios, no solamente con relación a nuestros pecados, sino también a causa de nuestro viejo hombre corrompido. “Pero los que son de Cristo **han crucificado** la carne –nuestra vieja naturaleza– con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24). “**Habiéndoos despojado** del viejo hombre con sus hechos” (Colosenses 3:9).

Notemos que estos pasajes hablan de un **hecho cumplido** y no de esfuerzos humanos que todavía hay que cumplir: estoy crucificado; nuestro viejo hombre está crucificado juntamente con él; han crucificado la carne; os habéis despojado del viejo hombre.

La fe se aferra, con profunda gratitud hacia Dios, no una sola vez, sino **continuamente**, al hecho de que el viejo hombre ha hallado su fin en la cruz.

– “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (haced morir las tendencias del viejo hombre, privándolo de alimentos): “fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos...” (Colosenses 3:5). Por el poder del Espíritu Santo podemos cumplir con esta responsabilidad: “Mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13; Gálatas 5:16).

– Revistiéndose del nuevo hombre. “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:24). Habiéndoos “revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:10). Aquí también se trata de un hecho consumado, del que la fe puede apoderarse **continuamente**.

Éstos son otros tantos resultados de la muerte en la cruz de nuestro amado Señor Jesús. ¡Qué motivo de alabanza y adoración!

Nada de medias tintas

“Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti... Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti” (Mateo 18:8-9). La solución no está en la mutilación de los miembros más indispensables de nuestro cuerpo físico, sino en el hecho de tener por muerto al viejo hombre. Arranca, corta, echa lejos de ti todo lo que pueda inducirte a pecar. Si una cosa (un libro, una revista y cuántos medios electrónicos que existen actualmente) me es ocasión de pecado, no la guardaré en mi casa, donde sería un continuo peligro, sino que la echaré al fuego. Digamos lo mismo de la amistad con una persona del mundo, susceptible de arrastrarme por el mal camino. Por esta acción yo no cambio nada del viejo hombre, pero le quito a la carne una ocasión de caída.

No haga nada a medias: obedezca al Señor. Esta obediencia no debería ser una elección difícil frente a la magnitud del amor de Dios y del Señor Jesús, quien sufrió en la cruz el castigo que nosotros merecíamos. En cambio, todo esfuerzo de parte del viejo hombre que está en nosotros sólo conduce al fracaso.

Huid de los deseos carnales

Los deseos carnales luchan contra el alma, y debemos abstenernos de ellos (1 Pedro 2:11). Esto concierne al uso abusivo que pudiéramos hacer de nuestro cuerpo. A menudo las tentaciones se manifiestan de manera súbita, por lo que no estamos siempre preparados para rechazarlas. Aquí la consigna es “huir” (Génesis 39:12; 2 Timoteo 2:22), puesto que el dominio propio no es nuestro fuerte. La templanza o dominio propio es el noveno y último de los caracteres del fruto del Espíritu citados en Gálatas 5:22-23. En el versículo 16 nos dice: “**Andad en el Espíritu**, y no satisfagáis los deseos de la carne”. Este es el resultado de una vida dirigida por el Espíritu Santo. Cerca del Señor Jesús encontramos perdón, restauración, liberación y la fuerza necesaria para vencer. ¡Gracias le sean dadas por todo esto!

J. Graf

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).